

## El nada discreto encanto de la contrarrevolución neoliberal

Elmar Altvater

“El programa del liberalismo resumido en una sola palabra, tendría [...] que decir: propiedad, es decir: propiedad particular de los medios de producción... Todas las demás reivindicaciones del liberalismo resultan de esta reivindicación básica.”

LUDWIG VON MISES, 1927, p. 17

Hace sólo una década, muchos creían que ella había llegado al final de su sabiduría y efectividad y que, con toda razón, había caído en el olvido: la teoría del neoliberalismo. En todos los países occidentales triunfó la teoría keynesiana del intervencionismo estatal; los keynesianos atendieron el negocio del asesoramiento científico de los políticos y ya no los neoliberales. En todas partes donde ellos desempeñaron todavía un papel importante se comprometieron más de lo que podían subsanar con sus publicaciones. Pareció como si la estrella del titular del premio Nobel, Milton Friedman, asesor de la administración Nixon, se hundiera junto a la caída escandalosa de ésta. La dudosa moralidad de los neoliberales Friedrich von Hayek —igualmente titular del premio Nobel—, de Friedman y de todo un escuadrón de astutos “Chicago boys” se evidenció aún más por el apoyo que dieron a la dictadura de Pinochet.

Y a pesar de todo parece que la teoría liberal se resiste a morir. Actualmente vive un nuevo renacimiento en las formas más diversas (como neoliberalismo, neoconservadurismo, neoclasicismo, monetarismo). Esto no se debe a la inteligencia ni al atractivo, la fantasía, el encanto de esta “contrarrevolución” en la teoría —así lo expresa Friedman altamente convencido cuando se refiere al monetarismo—; más bien el interés que esta teoría despierta en la actualidad tiene como causa las deficiencias de las teorías y conceptos políticos que hasta ahora rigieron. La crisis económica de los años setenta destruyó las esperanzas que había despertado el manejo keynesiano de la crisis; la certeza de que el Estado social, como base material de la democracia social y en esta característica también como fortaleza de la socialdemocracia, pudiera resistir los peligros de la crisis sin ser impugnado, cedió su lugar a dudas justificadas; las esperanzas y perspectivas individuales y colectivas de los años de prosperidad se dispersaron y en este contexto surgió desconfianza frente a las concepciones y teorías emancipadoras de los años sesenta. El neoliberalismo, por consiguiente, está ganando puntos sin esfuerzo propio —y

no los regresa directamente al juego, porque rechaza cualquier reivindicación de los individuos a la sociedad y así tampoco hace promesas que luego no puede realizar. Éxito y fracaso son problemas del individuo y ya no tienen que ver con la sociedad o el Estado. Los problemas sociales son por lo tanto *individualizados* y, al parecer, al mismo tiempo *despolitizados*.

### El fracaso del keynesianismo

Hablar del fracaso del keynesianismo requiere de una previa explicación. El keynesianismo, como concepto económico-político, se puede interpretar como un compromiso de clase mediado por el Estado. El *consenso* de las masas asalariadas con el sistema capitalista después de la segunda guerra mundial no se reprodujo permanentemente, en última instancia, por el hecho de que el Estado pareció garantizar las condiciones materiales (alto grado de ocupación y salarios reales crecientes) que favorecieron a los intereses de las masas. Por lo tanto, el período de prosperidad de ningún modo era sólo una fase de *condiciones de acumulación* de capital favorables sino, al mismo tiempo, era la base del consenso de clase y, relacionado con ello, de la *legitimidad* del Estado.

Este modelo histórico difiere en varios puntos de las concepciones liberales/neoliberales acerca de la economía mercantil libre. *Primero*, se supone en lo general que un sistema en el que las decisiones privadas se basan en la propiedad privada de los medios de producción, no puede alcanzar por su propia dinámica el grado de ocupación aspirado y por esta razón requiere de las intervenciones estatales. Esta hipótesis básica de Keynes implica tanto una crítica al *término de eficiencia* de la teoría liberal, la que tradicionalmente concede sólo al mercado la capacidad de poder realizar la racionalidad y eficiencia económicas, como una crítica al *término de justicia*. Porque se parte de que una sociedad es injusta cuando las personas que desean trabajar no lo pueden hacer debido a la escasez de fuentes de trabajo. La teoría liberal siempre objetaría que la voluntad de trabajar se pudiera realizar existiendo una correspondiente remuneración reducida, y —principalmente— que cada individuo tendrá que ser responsable de su propio destino y no debiera confiarse en los servicios estatales. *Segundo*, el keynesianismo contiene una crítica a las concepciones liberales acerca de la calidad del hombre como individuo responsable de sí mismo, un individuo que maximiza el beneficio y minimiza el sufrimiento, en la medida en que toma en cuenta, por un lado, lo que tiene en común la *situación* económica y social *de las clases* y, por otro lado, considera como hecho político la “entrada de las masas en el Estado” mediada por sus organizaciones, que tuvo lugar después de la primera guerra mundial (Ch. Maier, 1975). Diferente a la teoría neo-

liberal, el keynesianismo corresponde así al hecho de que con el desarrollo del capitalismo ocurrieron cambios sociales que exigen una adaptación de las bases teóricas de la política económica. El keynesianismo *practicado* representa el intento de una conciliación de la "lógica del capital" y la "lógica de la clase obrera" y entra así en un campo que el liberalismo por principio no puede aceptar, porque a él le importa exclusivamente la "lógica del individuo (sin especificidad de clase)".

Cuando las condiciones de la acumulación acelerada de capital se erosionaron, por causas que aquí no hay que analizar, los conflictos sociales ya no se pudieron mantener dentro de la zona del compromiso; el mecanismo social del keynesianismo ya no funcionaba sin dificultades. Antes de que en la izquierda se empezara a percibir este problema, la burguesía ya había desarrollado sus recetas para rehuir las reglas del compromiso de clase. Principalmente se le ofrecen dos salidas para lograrlo. La *primera salida* lleva a un *reforzamiento del Estado* para mantener libres las decisiones políticas de una "participación democrática excesiva", es decir, para no tener que considerar los intereses de las masas asalariadas tal como en los años de prosperidad. En consecuencia, esta opción lleva a un Estado tecnológico-tecnócrata, plenamente racionalizado, que tanto minimiza la influencia de las masas sobre los portadores de decisiones, como también busca imponer los intereses del "capital en su conjunto" (y eso a escala mundial) contra los intereses particulares de los capitales singulares. Es este el camino que fue propagado mundialmente por parte de la *comisión trilateral* para poder enfrentar la "ingobernabilidad", resultante de las promesas imposibles de realizar debido a la crisis. Parece, sin embargo, que esta salida ha perdido atractivo. (Acerca del trilateralismo cfr. la antología de Holly Sklar, 1980.)

### ¿Neoliberalismo como ideología de un movimiento populista?

La otra salida del dilema en que se encuentran el keynesianismo y su forma política de organización, la democracia social y liberal, parece más fácil y adecuada: el Estado no debe tener alguna capacidad adicional de intervención en la sociedad sino que debe tener, frente a los portadores del proceso capitalista de acumulación, *menos competencia*, un potencial de intervención reducido a un mínimo absolutamente necesario. Hay que "desestatizar" el "capitalismo penetrado por el Estado" (Karl Renner, 1917), "desorganizar" de nuevo al "capitalismo organizado": mediante la reducción de los servicios del Estado social (fin al "despilfarro social"); mediante la reducción de la cuota estatal (menos impuestos, menos gastos estatales); mediante la reducción de la capacidad de intervención (desregulación, es decir, reducción de los condicionamientos, por ejemplo,

de la protección del medio ambiente, para las empresas privadas); mediante una reducción del sector público (reprivatización). El mercado debe recuperar su importancia y no ser estorbado en su mecanismo de función por el respeto a los partidos del compromiso. Este camino lleva directamente al neoliberalismo que saluda a los sueños keynesianos de un Estado social con un "two cheers for capitalism" [dos hurras para el capitalismo] (Irving Kristol, 1978).

Es fácil encontrar pruebas para esta posición. En la República Federal de Alemania tiene larga tradición por surgir aquí en los años cuarenta, con Walter Eucken, Wilhelm Röpke, Alexander von Rüstow, Franz Böhm y otros, una escuela neoliberal (*Ordo-Liberalismus*), que era dominante en la ciencia económica académica hasta los años sesenta, mientras en otros países el keynesianismo dominaba ya desde hacía mucho la investigación y docencia. En nuestro país el neoliberalismo empezó a perder fundamento hacia mediados de los años sesenta, después de que el gobierno de Erhard ("padre de la economía mercantil" con su viejo socio Alfred Müller-Armak, "inventor" del concepto de la "economía mercantil social") tuvo que renunciar y se había aprobado la ley de estabilidad y crecimiento (el "mejor instrumento del mundo de la política económica", como la elogiaron tanto Schiller como Ehrenberg). Pero la luna de miel keynesiana no duró mucho. Aproximadamente en 1973 se fecha el llamado "cambio de paradigma", cuando el Consejo de Expertos se aleja en el análisis del desarrollo económico total del manejo keynesiano de la demanda y cuando empieza a favorecer a una política monetarista del monto de dinero. Poco después el Banco Federal Alemán sigue sus pasos. El Consejo de Asesoría Científica en el Ministerio Federal para Economía expone en 1978 su dogma (neo)liberal con toda claridad deseable: la economía mercantil es superiormente eficiente; los estorbos en el modo de funcionar del sistema resultarían, por un lado, de una opinión hostil a la economía mercantil y, por otro, de las intervenciones aisladas sin reflexiones político-ordenativas. La economía mercantil tiene una capacidad extraordinariamente alta de tratar problemas gracias a los mecanismos de coordinación no burocráticos. El Estado debe limitarse esencialmente a medidas políticas de ordenamiento y a correcciones necesarias, es decir, procurar que la competencia de los precios funcione lo mejor posible, que el sistema de riesgo y estímulo no sea estorbado por intervenciones estatales aisladas. En este contexto, todos tienen que reconocer las ganancias como estímulos dentro de la economía mercantil, especialmente también los sindicatos, que no deben llevar a cabo estrategias políticas salariales con carácter de redistribución. En la misma dirección van las propuestas de los teóricos de la Christlich-Demokratische Union/Christlich-Soziale Union (CDU/CSU), Biedenkopf y Miegel, las que no sólo han encontrado acceso al programa electoral de 1980, sino que hoy sirven para fundamentar teóricamente los discursos políticos de la CDU/CSU. Y cuando no observamos sólo a la República Federal de Alemania, entonces se demuestra aún más clara la significancia política de

esta(s) teoría(s): con Thatcher en Gran Bretaña y Reagan en los Estados Unidos han llegado al poder (o han aspirado al poder como Strauss, o han tenido el poder como Barre en Francia) dirigentes políticos que se refieren explícitamente al dogma neoliberal y ejercen así no sólo política económica, sino política social.

Pero no se trata aquí únicamente de la teoría, de su congruencia, consistencia y alcance. También se trata de la pregunta sobre el porqué esta teoría pudo llegar a ser expresión de un *movimiento populista*, por qué pudo surgir un ambiente neoliberal-conservador que a finales de los años setenta, principios de los ochenta, produjo transformaciones políticas profundas. “El ambiente en el mundo occidental es neoliberal y conservador” escribe el *US News & World Report* de manera triunfante, y parece que este triunfo ni es imaginación ni autoengaño. Aquí se expresa de hecho otro dilema más del keynesianismo y de la socialdemocracia (en sus diferentes variantes), la que está unida al keynesianismo de manera orgánica. Para poder dirigir los procesos de redistribución a favor de los servicios sociales era necesario ampliar considerablemente el aparato estatal. Nace así una nueva capa de burocracia social que utiliza y administra el sistema de redistribución para su propia reproducción, sin tener, sin embargo, influencia sobre las fuentes de los fondos que están por redistribuir. La burocracia estatal controla los medios en una dimensión inmensa, pero ni controla las condiciones de producción, la productividad, las tecnologías, ni la organización del proceso de trabajo; las condiciones del crecimiento —del que dependen sus actividades y con eso su existencia—, quedan por lo tanto tan fuera del campo de influencia de la burocracia como las causas de todos los daños, cuyos *síntomas* debe curar con sus medios (rehabilitación de daños en salud y vida debido al carácter del proceso de trabajo, por ejemplo). No importa qué conformada y extensa sea la burocracia social paraestatal, su facultad de poder queda limitada a la *corrección de síntomas* que tienen sus causas en el proceso de producción no controlable por ella. Cuando ahora, a causa de la crisis económica mundial generalizada, son socavadas las condiciones económicas del crecimiento, entonces se disminuye necesariamente la capacidad de rendimiento del sistema social, mientras, sin embargo, se mantiene en pie la burocracia social y posiblemente aún crece. En tal situación el Estado social reacciona sólo con impotencia: las economizaciones en algunos servicios aparecen como el retiro de promesas, como ineficiencia del Estado social que se mantiene, sin embargo, con todas sus burocracias visibles y perceptibles. Sí, aún más. En la fase de crecimiento y ocupación plena, el Estado social queda con sus instituciones en el fondo; mientras haya ocupación no es necesario esperar en los pasillos de la bolsa de trabajo. Pero en la crisis se experimenta al mismo tiempo la arrogancia de la burocracia administrativa y su ineficiencia.

Esto no es culpa del Estado social porque ni el desempleo ni la inflación —cuyas tasas no se añaden casualmente al “discomfort Index” [índice de descontento]—, son de manera alguna productos del Estado key-

nesiano. Las causas de las formas de apariencia de la crisis como “discomfort” para los hombres se encuentran más profundamente en lo contradictorio del proceso capitalista de acumulación, que sí puede ser regulado pero no eliminado por el Estado intervencionista. Pero aun los mismos keynesianos —y no sólo los “de derecha” sino también los “de izquierda”— han propagado por décadas la opinión de que el Estado intervencionista moderno puede realizar una *estrategia que evite la crisis*. La socialdemocracia alemana declaró, hasta la erupción de la crisis económica mundial a mediados de los años setenta, que el instrumental de política económica de la República Federal era “el más moderno” del mundo con el cual se podría manejar cualquier crisis. Por el intervencionismo estatal, el término de crisis se volvió dudoso para muchos teóricos críticos, en la medida en que se orientó a las “leyes de movimiento” del capital. Los keynesianos están ahora confrontados con una crisis del Estado de asistencia social, del keynesianismo, del reformismo socialdemócrata; una crisis de la cual el neoliberalismo se aprovecha demagógicamente, sin poder enfrentar argumentos ofensivos contra la denuncia del Estado social como máquina gigantesca, costosa y además ineficiente, responsable de la inflación, la alta carga por los impuestos y el creciente endeudamiento fiscal. Los keynesianos quedan mudos cuando el Estado social ya no es visto sólo como una institución de garantía para asegurar el bienestar sino como una carga para los ingresos reales.

Aquí se encuentra el punto donde la demanda neoliberal por menos Estado, por la reducción de la burocracia social, por privatización en el sentido de individualización, por menos impuestos y una política monetaria restrictiva, puede abandonar el marco académico como teoría de la política económica y convertirse en la ideología de un movimiento populista. Irving Kristol lo percibió muy claro: el populismo norteamericano, según él, es el radicalismo de los pequeñoburgueses que están indignados por las tasas inflacionarias y los impuestos altos, por el endeudamiento fiscal y la administración ineficiente. “El problema es la burocratización de la sociedad norteamericana y el hecho de que la burocracia no haya tenido éxito en evitar lo que ninguna burocracia debe considerar como mal resultado; eso es, el cumplimiento efectivo de sus promesas” (Kristol, 1978, p. 216). El neoliberalismo se ofrece ahora como abogado de los pequeñoburgueses radicalizados: contra la prodigalidad e ineficiencia, contra el igualitarismo y por más libertad del individuo respecto al Estado, por el individuo y el mercado. Su promesa es: cuando te comportas de manera racional, según el sistema, y cuando el mercado puede acordar decisiones libres, entonces la “mano invisible” del mercado va a producir como resultado un *óptimo de bienestar* para ti y para la totalidad de los individuos... Y tú podrás realizar, contra la igualación niveladora del Estado de asistencia social, tu singularidad como individuo... Y las libertades económicas del mecanismo mercantil son las mejores condicio-

nes para tus libertades políticas contra las tendencias totalitarias de las intervenciones estatales...

Se mencionó que el neoliberalismo no haría promesas que luego no podría cumplir; que no desarrollaría un programa político que se mostrara irrealizable en la crisis; que reduciría su mensaje a la promesa de romper las cadenas con las que el Estado social o de asistencia social limita la iniciativa privada. Pero hay que destacar que esta autolimitación liberal no es responsable del éxito populista del programa liberal sino que allá se centran también todos los momentos del *fracaso*. Porque los individuos esperan naturalmente que la "liberación" de la carga que representa el Estado los favorezca también en el nivel material. Precisamente este no puede ser el caso por chocar con las premisas básicas del liberalismo: asegurar la individualidad y sus derechos, claro que especialmente el derecho sobre la propiedad para su aprovechamiento implica el conflicto. Pues la propiedad sólo puede ser asegurada *contra* los no propietarios; es un *derecho de exclusión* que el Estado del liberalismo tiene que garantizar. Puede ser fundado por cierto moralmente (cfr. las reflexiones críticas de Cohen, 1981), pero de ninguna manera es comprensible por qué este derecho y su fundamento moral deben ser aceptados, en el caso actual —es decir no solamente de principio, como derecho natural—, por todos aquellos a los que materialmente no sirve para nada. El neoliberalismo, partiendo de su estructura básica, no es *ningún* discurso teórico-político que apunta a una síntesis en la sociedad —y en eso se distingue también del keynesianismo. El neoliberalismo produce conflictos, rebeliones, como se pueden observar en Gran Bretaña bajo Margaret Thatcher. Pero "desorganizando" simultáneamente al "capitalismo organizado" pone también en marcha un proceso de *desorganización* y *desintegración* de las capas y clases subalternas como poder organizado, y en conflictos y posibles rebeliones se enfrenta así a movimientos mal organizados, fáciles de individualizar, que pueden ser aislados políticamente. A la larga, esta situación seguramente no puede perdurar. Queda por considerar que la organización de intereses contra la organización neoliberal tiene que darse de manera diferente que bajo las condiciones del "capitalismo organizado" con un Estado que opera de manera keynesiana, un Estado conformado según las reglas de la democracia liberal. Acerca de ello sólo una palabra clave: el compromiso keynesiano de clase abre amplias posibilidades para formas de *estructuras políticas corporativistas*, que en los años pasados se tornaron objeto variado de análisis en las ciencias políticas. El neoliberalismo serio significa, sin embargo, la disolución radical del corporativismo, sea él social o estatal. Las relaciones de cambio entre las clases ya no son organizadas con más o menos mediación estatal, sino entregadas a la brutalidad del mercado donde sólo rige el derecho del más fuerte. No es difícil imaginarse las consecuencias extraordinarias que este cambio tendrá para la *organización* de intereses así como para las *formas de conflictos*.

## Mercado libre y Estado fuerte

Pero detengámonos otro poco en el proyecto neoliberal que no solamente promete la libertad generando así conflictos, sino que al mismo tiempo lucha contra la igualación atendida por el Estado keynesiano de asistencia social. El neoliberalismo se puede encontrar en este punto con el pensamiento conservador, para el cual el igualitarismo siempre era el más grande de todos los horrores. “La desigualdad no es lamentable, sino extremadamente deseable. Simplemente es necesaria...” (Hayek en *Wirtschaftswoche* del 6 de marzo de 1981). Porque la igualación, es decir, la redistribución, estorbaría el “aparato de señal de la economía mercantil” e impediría así una selección de los mejores. Y esto es válido en cualquier parte, también en la relación entre los países ricos y pobres, por ejemplo: “vea usted, en los próximos veinte años la población mundial está por duplicarse de nuevo. Pero en un mundo basado en ideas igualitarias, el problema de la sobrepoblación no se puede resolver. Si garantizamos la supervivencia de cada persona que nació, muy pronto no seremos capaces de cumplir con esta promesa. Contra la sobrepoblación existe únicamente un freno: que sólo aquellos pueblos capaces de autoalimentarse se mantengan y reproduzcan...” (*ibid.*). La igualación viola las diferencias naturales y biológicas de los hombres y pueblos, se estorba el principio de la selección de los mejores. La individualidad como condición previa y terreno fértil de las élites no se puede desarrollar. Y sin élites no existe el progreso social, puesto que la *selección* es el principio del desarrollo constante del hombre. La evolución humana aparece como un proceso de “trial and error” [ensayo y error], para cuya función óptima deben ser creadas las condiciones. En la economía, el lugar del juego de prueba y error es el mercado; él es el “método de descubrimiento” (Hayek en *Industriemagazin*, septiembre de 1980) para soluciones óptimas, para la selección de élites. Nada daña más el desarrollo humano que la supuesta igualdad de los hombres y las intervenciones estatales, partidarias de este principio, en el “método de descubrimiento”. La igualdad lleva a la uniformidad y de allá directamente al *totalitarismo* (Alain de Benoist, según *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1981). En la advertencia contra el “camino al peonaje”, cuyos peligros señaló Hayek en 1944, se encuentran los conservadores con los liberales, la nueva derecha con los monetaristas, para erigir un nuevo intento de un orden nuevo de garantía de la libertad, el rendimiento y la selección. “Ordo” no es por casualidad la palabra clave de los neoliberales; o, menos noble y de vieja y sutil filología, en el lenguaje directo y rústico de Milton Friedman: “La condición fundamental [para la libertad del cambio] es mantener ‘law and order’ [la ley y el orden]” (Friedman, 1962, p. 143).

Los liberales no son ningún enemigo del *Estado fuerte*, como lo comprobó Herbert Marcuse en 1934. En esta concepción pueden reforzarse por cierto mediante citas de los clásicos liberales desde Locke, Adam Smith



hasta J. Stuart Mill. Sin embargo, hay que subrayar que el liberalismo clásico no puede estar completamente libre de contradicciones en lo que se refiere a esta cuestión. Porque, por un lado, reclama los derechos individuales de libertad *pre-estatales* como *derechos naturales* que hay que defender también *contra* el Estado; por otro lado, el poder estatal tiene la tarea de defender los derechos individuales de libertad. Se trata aquí de un “antagonismo lógico” que —como destaca Franz Neumann— por cierto puede convertirse en un “antagonismo real”, y que puede explicar la vacilación del liberalismo entre la imaginación de una sociedad libertaria sin Estado y un Estado autoritario, entre la anarquía y el absolutismo de la monarquía imperial y regia. Con la figura liberal del “*Estado de derecho*” se trató de quitarle la agudeza a este antagonismo separando de manera calculable y confiable la *esfera* del individuo *sin Estado* de la *esfera estatal*. El burgués y el ciudadano reciben sus terrenos asignados.

En la teoría neoliberal, sin embargo, todavía no se percibe casi nada de este conflicto elemental del liberalismo. Entre la libertad del individuo y la libertad de la valorización de la propiedad como acumulación de capital, el neoliberalismo se decide claramente por la garantía de la última por parte de un Estado fuerte. Esto, por cierto, tiene que ver también con la complejidad extraordinaria de la función estatal en la política de ordenamiento de una “sociedad industrial” desarrollada, precisamente en comparación con el liberalismo temprano de la sociedad burguesa temprana. En este sentido, el cambio de la teoría liberal, del liberalismo clásico al liberalismo “nuevo”, es también (seguramente no sólo) un reflejo del desarrollo del capitalismo temprano a la sociedad capitalista altamente desarrollada. Para garantizar, por lo tanto, el principio de rendimiento, para impedir las restricciones de la competencia mercantil, para limitar las tendencias igualitarias —según la teoría liberal—, “se necesita por cierto de un Estado fuerte que se encuentre neutral y poderosamente encima de la lucha económica de intereses, completamente contrario a la opinión extendida de que al ‘capitalismo’ debe corresponder un poder estatal débil. Pero el Estado no sólo tiene que ser fuerte sino también, impertérrito a ideologías de todo tipo, tiene que reconocer con claridad su tarea: defender al ‘capitalismo’ contra los ‘capitalistas’ en cuanto traten de preparar un camino más cómodo hacia la rentabilidad que el camino trazado por el principio de rendimiento, en cuanto traten de cargar sus pérdidas a la comunidad” (Wilhelm Röpke, 1946, p. 280). El Estado fuerte debe asegurar el marco, llevar a cabo una *política de ordenamiento* que mantenga la base de este orden, es decir, que asegure la propiedad y posibilite su valoración —como lo formula con claridad Ludwig von Mises. Pero el Estado debe mantenerse también fuera de los procesos económicos y sociales (relaciones de cambio entre los individuos) y dejar fungir aquí el mercado plenamente como mecanismo de selección y descubrimiento. A esta diferenciación principal de *política de ordenamiento* (permitida) y *política de proceso* (no permitida) del Estado sigue la diferenciación sutil-cínica entre un *sistema autoritario* y un sistema *tota-*

*litario*: el primero sí es aceptado en el sentido neoliberal porque la autoridad del Estado es indispensable para el mantenimiento del orden. (Por eso el ensayo de Ludwig Erhard de la "sociedad formada" a principios de los años sesenta no contradice de ninguna forma su concepción neoliberal.) El sistema totalitario, sin embargo, está marcado por el hecho de que el Estado no sólo asegura el orden sino que interviene en todos los campos de la totalidad social, es decir, también en los procesos del mercado. Esto va necesariamente acompañado por restricciones al reglamento sobre la propiedad y, por consiguiente, no es aceptable para el neoliberalismo. En este sentido el Chile de Pinochet es un régimen autoritario y, por lo tanto, aceptable, mientras que Cuba debiera ser atacada y acaso eliminada por su calidad de régimen totalitario.

El marco de la economía mercantil basada en la propiedad privada de los medios de producción (economía de libre circulación, dice la escuela de Friburgo de los "viejos" liberales de los años cuarenta), es producido por el Estado fuerte mediante leyes y medios coercitivos, con los que se obliga su acatamiento, y mediante un suministro de dinero que corresponda al crecimiento del potencial productivo. (Sin embargo, hay que mencionar aquí que varios teóricos liberales, especialmente F. A. von Hayek, ya no aceptan la segunda condición; según ellos el dinero tendrá que ser producido por parte de los privados y no por el Estado.) Por consiguiente, "la existencia de un mercado libre naturalmente no elimina la necesidad de un gobierno. Al contrario, el Estado es esencial como foro para determinar las *reglas del juego*, y como *árbitro* que interpreta las reglas del juego y obliga a acatarlas" (Friedman, 1962, p. 15). Esta idea simple es constitutiva para el pensamiento liberal. Y no habría que objetar nada si no se tratara en este juego de la explotación del hombre por el hombre, de la apropiación de títulos de propiedad, de la valorización de capital. Vista así, la teoría liberal se revela como un invento bastante hosco.

*Primero*, en este juego de economía mercantil existirán ganadores y perdedores. No representaría ningún problema si las ganancias y pérdidas se distribuyeran por partes iguales. Pero el mercado de la "sociedad de suma cero" es una instancia extremadamente conservadora, porque en el mercado no cuentan las cabezas sino el grueso de las carteras. "Las preferencias individuales determinan en el mercado la demanda de bienes y servicios. Pero estas preferencias individuales están promediadas con el ingreso antes de entrar en contacto en el mercado" (Thurow, 1980, p. 194). El que tiene recibe más mediante el mecanismo del mercado. El que no tiene rara vez tendrá la suerte de recibir más. El mecanismo del mercado solidifica sin efecto corregidor una distribución dada (la desigualdad de las condiciones, que los conservadores neutralizan).

*Segundo*, falta mencionar otra objeción aún más plausible. Friedman parte de que se podría definir la "libertad política como la ausencia de la obligación de un hombre frente a su conciudadano" (Friedman, 1962, p. 15). Esta definición se basa en la libertad formal y en la igualdad del

individuo *burgués* como ciudadano. Pero ya como participantes en el mercado, los individuos, como hemos visto, son desafortunadamente desiguales. Aquí el problema se demuestra aún más cuando observamos las formas sociales del proceso de producción que constituyen una relación de explotación y, por lo tanto, asignan a los individuos posiciones de clase. Por haber ignorado esto, Marx ya había criticado el énfasis en la libertad e igualdad de la Revolución francesa, en un período en que el proletariado aún no había llegado a ser un fenómeno de masas. Hoy esto se convierte aún más en problema, considerando que la mayoría de la población pertenece a la clase de trabajadores dependientes (cfr. Vitoux en *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1981), es decir, trabajadores subyugados a las disposiciones del empresario como “encarnaciones del factor de producción trabajo”. ¿Qué resulta de ello? Es Röpke el que tiene una idea de cómo contestar esta pregunta: “Uno de los signos más fuertes de la *antinaturalidad del Estado contemporáneo* es la *existencia del proletariado*. Está bien tener claro que, tarde o temprano, el proletariado nos exigirá inexorablemente elegir entre superarlo dentro del marco de nuestro sistema económico o tolerar la solución comunista que elimina al proletariado como clase, convirtiendo a todos en proletariados” (Röpke, 1946, p. 289 y ss.). Aquí surge el presentimiento de que la libertad en la sociedad de clases no se puede hallar en un estado tan favorable y que tampoco el mercado puede eliminar las contradicciones entre las posiciones de clase. Pero qué horrorosa la imaginación para el pensamiento neoliberal de que la solución de la contradicción podría darse en el sentido proletario: igualación, totalitarismo, Rusia, Gulag...

La “antinaturalidad del proletariado” no tiene cabida en la imagen neoliberal del orden de la libertad, la eficiencia y del bienestar. Pero existen modos teóricos de observación que remueven esta antinaturalidad hacia el ángulo muerto de la perspectiva teórica y política. El proletariado queda “disuelto” ahora en dos sentidos. Observado desde el proceso de producción, el proletariado pierde cualquier subjetividad como “*factor de producción trabajo*”. Visto desde el mercado, se convierte en una masa de “*consumidores soberanos*” que con su demanda (de dinero) trazan la dirección de la producción, la que el empresario tiene que determinar autónomamente. En este sentido, el mercado es la realización ideal de la democracia económica, así que no llega a ser necesario introducir la coparticipación, prescindiendo en absoluto de que estorba la búsqueda de decisiones correctas del empresario y que inactiva al sistema de estímulo de riesgo y oportunidad (así lo afirma Franz Böhm en su escrito polémico contra la coparticipación, 1951; semejante, pero más vulgar, también el titular del premio Nobel, Paul A. Samuelson, en su libro de texto).

## El imperialismo de la teoría económica

Después de escamotear la “antinaturalidad” del orden natural, se puede sacar la siguiente conclusión: cada falsificación o limitación de los principios básicos de la economía mercantil (de la economía de libre circulación) llevaría forzosamente un paso en dirección a la economía de administración centralizada, la economía de administración centralizada, la economía de mando. Por la limitación de las libertades económicas se disuelve también la libertad política —dice Eucken—, en consecuencia de la “interdependencia de los órdenes”. Visto bajo este aspecto, el neoliberalismo puede ser denominado también como la variante económica de la *teoría del totalitarismo*. Sin embargo, vimos en la concepción de los “nuevos” liberales que la interdependencia de los órdenes es asimétrica: una limitación de las libertades económicas (del mercado) tiene como consecuencia la falta de libertad política; ¡pero una limitación de las libertades políticas, efectuada por el Estado autoritario, de ninguna manera tendrá forzosamente como consecuencia una limitación de las libertades económicas! Tal vez los viejos liberales u ordo-liberales se hubieran entristecido en vista de esta asimetría y se hubieran quejado sin remedio de la “antinaturalidad” de la existencia del proletariado. Los “nuevos” liberales están preparados con una nueva solución del problema, en lo que se demuestra también el progreso real frente a la tradición del liberalismo: ya no dejan valer los diferentes órdenes (la esfera económica y política), eliminando así posibles contradicciones y privando del sentido al término de las “interdependencias de los órdenes”. En lugar de ello desarrollan una *metodología* del actuar racional que, en todos los sentidos y en todas las manifestaciones de la vida y situaciones decisivas, sigue a principios económicos. En la esfera política se decide según los mismos principios que en la economía; en el pensamiento de estrategia y táctica militares reconocemos el mismo modelo que en la relación amorosa entre los seres humanos. Henri Lepage, en su panorama sobre el neoliberalismo norteamericano de los años sesenta y setenta, seguramente acertó cuando afirma que la base de la filosofía del liberalismo político es la teoría económica, como “base científica de la sociedad capitalista” (Lepage, 1979, p. 11.) Como metodología, “la economía no se define por el carácter mercantil o material del problema a tratar, sino que abarca *cada* cuestión en la que se trata de la distribución de los recursos o de la elección en una situación de escasez, es decir, en la que hay que decidirse entre dos metas concurrentes” (Gary Becker, citado en Lepage, 1979, p. 19). La economía como teoría se siente competente para la ciencia de las instituciones políticas, la teoría de la familia, la investigación criminológica, la selección natural de las especies de animales, etcétera, *ergo* para la explicación del mundo y lo que lo une en lo más interior. Y no solamente esto: el neoliberalismo no se limita a la *descripción*; se ofrece también como *teoría de prescripción normativa*, como una *teoría de decisión* obli-

gada al principio racional. Cuando Joseph Schumpeter, en su escrito "Kapitalismus, Sozialismus und Demokratie" (1942), como uno de los primeros estudió el proceso democrático (capitalista) en categorías económicas (máximo de votos), y en los años cincuenta Anthony Downs o Dahl y Lindblom refinaron esta idea hacia modelos amplios, cuando la teoría de juego de Morgenstern fue formalizada por Arrow en una teoría general de decisión, no se podía suponer que con ello se creaba el cimiento de una metodología que fue usada por los neoliberales de los años setenta como ¡ábrete sésamo! para todas las cuestiones mundiales. Gordon Tullock, uno de los pocos neoliberales que también han participado en la elaboración de los conceptos de la comisión trilateral, utiliza para denominar esta pretensión *total* de explicación de la economía (como metodología, por cierto no como economía política) la palabra del "imperialismo de la economía", que Lepage cita de manera entusiasta y a la vez afirmativa.

Queriendo dar a todos los campos y manifestaciones de la vida acceso a la metodología económica, se define también la estructura de las relaciones, del pensamiento y actuar del hombre: se lo subsume al cálculo económico racional. Cuando se lo interpreta además como una regla normativa, como ocurre en el aturdimiento brutal de los "Chicago boys", entonces puede servir todavía aun la violación imperialista (primero "sólo" en el sentido metodológico) como argumentación de que "el capitalismo no [es] ni más ni menos que un bastión de la libertad" (Lepage, 1979, p. 237). La "revolución" en el pensamiento económico, de la que habla Lepage sugestivamente en su libro cuando Milton Friedman denomina el mismo objeto de manera petulante y segura como una "contrarrevolución", consiste fundamentalmente en el hecho de que se emplea la teoría económica, formalizada y estetizada como metodología, en todas las manifestaciones de la vida humana-social —para privarla de sus particularidades, contenidos e intereses. En esta revolución/contrarrevolución, el lugar de la *interdependencia* de órdenes es ocupado por la *dependencia unilateral*, la usurpación de las relaciones sociales por el cálculo de los economistas, que —para citar a Oscar Wilde— conocen el precio de todo y el valor de nada. El "imperialismo económico", que propagan Tullock y naturalmente Lepage, repetidor irreflexivo, no es otra cosa que el intento de exportar una torpeza que en tiempos de crisis, por causas ya mencionadas, tiende a desarrollar efectos epidémicos.

## El hombre como capital humano

Llegamos a un punto donde nos queda sólo la posibilidad de correr el velo del olvido sobre el neoliberalismo o dedicarnos a las particularidades

de su discurso. Lo primero nos resultaría simpático, pero lo último hay que hacerlo para “descolonizar” al imperialismo económico, es decir, para demostrar que la sumisión de todos los campos de la vida bajo el cálculo económico equivale a un intento brutal de violación. Tomemos un ejemplo, el de la teoría del *capital humano* con la que se justifica la privatización e individualización en el sistema educativo. Según Lepage, esta teoría fue elaborada “fundamentalmente” por el “economista supuestamente más capaz de su generación”, Gary S. Becker (Lepage, 1979, p. 18). Hay que objetar aquí primero que la concepción de la capitalización del hombre es tan vieja como la propia economía política. Ya William Petty reflexionó al respecto y las categorías y métodos formales para calcular el “capital humano” fueron desarrollados por la teoría del seguro, por un lado (que tenía interés por basar las cuotas y sumas del seguro en el criterio “racional” del “valor” del hombre, cuantificable en dinero), y, por otro lado, por los estrategas militares que querían racionalizar, mediante el cálculo del costo límite, su acción de elección entre el empleo de alimento para los cañones y los cañones mismos. El señor Heinrich von Thünen, conocido por su teoría de posición en la economía política, proveía a los militares con algunos argumentos. Así que no es tan nueva la teoría del capital humano (cfr. Kiker, 1966). Nuevas no únicamente las conclusiones (y refinamientos metódicos) que sacan los economistas neoliberales. Los gastos para la educación se entienden como inversión en el hombre. Así se acumula capital humano que devenga intereses en forma del ingreso de vida. Cuanto más educación acumula un hombre, cuanto más grande por lo tanto su capital humano, tanto más alto —así la tesis— también su ingreso de vida. Con esta simple idea se deduce ahora la privatización, la desestatización del sistema educativo como una demanda política. Cualquiera debe recibir un abono educativo con que se puede pagar la educación, según la elección. Naturalmente se eligen las mejores instituciones en la competencia de la oferta educativa. Cuanto más uso se hace de la educación, tanto más alto es el endeudamiento, más grande el crédito educativo que hay que devolver. Pero al mismo tiempo a uno pertenece un respectivo capital humano más grande del cual fluye un ingreso de vida correspondientemente alto. Solamente persiste la pregunta de si los mercados de trabajo reparten las posiciones según el capital humano acumulado, o si no son más importantes otros criterios. Pero los neoliberales se prepararon contra esta objeción con el argumento de que sólo hay que liberar los mercados de trabajo del poder monopolista (claramente dicho: los sindicatos) para que se imponga una diferenciación salarial, correspondiente a la distribución del capital humano, la que además implicaría la ocupación plena. Porque los ingresos factoriales se podrían orientar a las productividades límites de su utilización, suponiendo mercados que funcionan libremente.

Se intenta con esta concepción del sistema educativo solucionar de paso otro problema. La educación es acoplada a la necesidad de calificación, resultante del respectivo desarrollo económico, porque las diferentes ins-

tuciones educativas ya no se financian por el fisco sino por las cuotas de los alumnos. Pero ellos, a consecuencia de las modalidades específicas del financiamiento, tienen que aspirar a una calificación profesional especialmente bien valorizada. Los contenidos de la enseñanza quedan subordinados al interés de la valorización. Las empresas como demandadoras de mano de obra estructuran el curso de la enseñanza, que es *a largo plazo*, con sus necesidades *a corto plazo*. Conocemos del “ciclo porcino de Hanau”, llamado en inglés el “problema Cobweb”, que en los mercados donde la demanda varía a corto plazo y la oferta necesita plazos más largos para adaptarse a los movimientos de la demanda, se tienen que producir constantemente desequilibrios que sólo en el caso extremo pueden equilibrarse para un plazo más largo. Pero también, respectivamente a las elasticidades de demanda y oferta, pueden provocar lo contrario, eso es, una agudización permanente de la situación desequilibrada. Esto significa, por lo tanto, que las señales del mercado se encuentran constantemente en “rojo” y que sólo pueden ejercer su función de dirección y selección de manera patológica.

Marx ya señaló que hablar de un capital humano es tan absurdo como afirmar que el capital del ver es el ojo. Y de hecho, el “capital humano” no es otra cosa que una capacidad de trabajar especialmente calificada que se cambia por capital en el mercado de trabajo. Y solamente cuando encuentra comprador puede actuar la capacidad de trabajar y “rendir intereses como capital humano”. Pero si encuentra comprador no depende de las decisiones tomadas entre educación y trabajo, sino del cálculo del usuario del “capital humano”, del empresario. Los neoliberales rehuyen este problema, negando su estructura bifurcada o cargándola a ciertas fallas de funcionamiento provocadas por las libertades del mercado, lo que se podría superar mediante una política de liberalización. Este tipo de argumentación inmuniza naturalmente contra cualquier crítica porque se puede remitir siempre al orden completo de la economía mercantil —todavía no alcanzado, pero por alcanzar— con una amplia limitación del Estado. La consecuencia de esta *estrategia de inmunización* es pura apología que no se avergüenza ni de los argumentos más torpes. Citamos aquí algunos ejemplos del libro panorámico de Lepage, ya mencionado, también para documentar el trato liberal —no ligado a ninguna regla en lo que se refiere a lo científico o a la comunicación internacional—, con hechos, contextos y problemas históricos.

No se atribuyen los escándalos ferrocarrileros del siglo pasado en los Estados Unidos, por ejemplo, a las maniobras de los barones-ladrones, al crecimiento capitalista silvestre, “sino más bien al aparato político de entonces[...], porque permitió que algunos individuos sin escrúpulos se aprovecharan de los derechos soberanos del Estado” (p. 45). Tampoco la publicidad sirve en este contexto a la manipulación, es medio de infor-

mación que disminuye los costos de información y transacción para los consumidores; por consiguiente tiene un significado extraordinariamente positivo en el nivel social. También en sus reflexiones contra la crítica al poder monopólico, Lepage no se priva de emplear cualquier argumento, por apologético que sea. En vista de la significación de los monopolios —según sus palabras—, “algunos iconoclastas se atrevieron en los últimos años” a investigar nuevamente el papel de las grandes empresas y del Estado “y llegaron por lo menos a conclusiones sorprendentes” (p. 48). Pero también el American Enterprise Institute, que según Lepage publicó nuevamente un “estudio crítico notable”, pertenece a estos iconoclastas apostrofados por él. De verdad es notablemente crítico y sorprendente que el *lobby* de los grandes monopolios llegue a la conclusión de que los monopolios no son propiamente monopolios, y solamente llaman la atención porque los enemigos de los monopolios los “envidiaron por el éxito” (p. 49). Lepage cita incluso al titular del premio Nobel, von Hayek, con su apología de la industrialización capitalista. La miseria de la industrialización no había sido tan grave, porque finalmente hay que calcular los “oportunity costs” [costos de oportunidad]: ¡cuántos hombres hubieran tenido que morir sin la industrialización! Este argumento se encuentra al mismo nivel que la lógica siguiente, igualmente procedente de F. A. von Hayek y Helmut Schoeck: el automóvil no es tan peligroso, y no hay que sobreestimar tampoco los accidentes automovilísticos, porque tenemos que imaginarnos qué pasaría si todos los que hoy andan en coche utilizaran en su lugar caballos. La cifra de los accidentes mortales sería probablemente mucho más alta. Por estos ejemplos verdaderamente merece el premio Nobel.

Ya no sorprende que Lepage cite incluso a los garantes de la teoría liberal, que ven la solución de los problemas ambientales en la creación de nuevos derechos propietarios. Desea privatizar hasta el derecho sobre aire limpio. “A primera vista, este problema acerca del aire (eso es, el problema de la privatización) parece algo más difícil.” Pero nuestro soñador se imagina la solución por medio de la creación de una especie de “bolsa” de aire, donde se cambian supuestas cuotas de contaminación atmosférica. Es tan fácil. El turco de Kreuzberg\* va a la bolsa para intercambiar la contaminación atmosférica con el catedrático de Zehendorf.\* Aquí, la teoría liberal se convierte definitivamente en teatro absurdo. Por eso abandonamos este nivel de los ejemplos y estudiamos la estructura básica del argumento que, al parecer, no carece de un encanto que fascina también a la gente inteligente.

\* Barrios de Berlín Occidental (1).



## **El hombre como homo oeconomicus, reducido a la racionalidad económica**

La condición para una plausibilidad mínima del “imperialismo de la economía” son individuos que se someten a la *racionalidad económica*. Sin embargo sabemos que la racionalidad burguesa (entre los “nuevos” liberales una forma previa rudimentaria de la racionalidad total de todas las esferas de la vida del hombre) es una conquista relativamente joven en la historia del hombre, y que la racionalidad de la escuela de Chicago no tiene que ser necesariamente la racionalidad del indio mexicano, del obrero de Tokio o del pastor sardo. La racionalidad es determinada *culturalmente* y no es posible reducirla a un cálculo abstracto, expresable en fórmulas matemáticas. Siendo esto precisamente reprimido por los neoliberales, su teoría recibe una inclinación hostil a la vida contra el desenvolvimiento pleno del individuo, independiente de las obligaciones económicas —salvo que los hombres se dejaran reducir de hecho al individuo racional “cuyas decisiones dependen tanto de sus preferencias como de los problemas de la comparación de elección y beneficio, determinados por la escasez de nuestros recursos” (Lepage, 1979, p. 32), es decir, al “*homo oeconomicus*”. Y este invento de la era burguesa, el individuo como *sujeto automático*, es entonces también la condición *antropológica* fundamental de los nuevos liberales (como de los viejos): “Todos los estudios microeconómicos siempre intentan en el fondo verificar empíricamente el paradigma del ‘*homo oeconomicus*’, en que se basa la totalidad de los análisis económicos y que parte de un individuo simplificador... que calcula agudamente, inventa y maximiza” (*ibid.*). ¡Pues no, figuras simpáticas del homo faber, del homo ludens! Aun el homo politicus o el homo sociologicus están pasados de moda; con su libro mayor y su calculadora, el homo oeconomicus domina el terreno. ¡Por cierto, una imaginación absurda y además espectral! Y adicionalmente una imaginación irracional porque los individuos no nacen como homines oeconomici, sino hay que convertirlos en ello: el individuo libre del neoliberalismo es un individuo desvalorizado, una muñeca en el libre juego de las fuerzas, cuyas reglas están absolutamente dadas.

## **La significación central de la propiedad privada y del dinero**

Para poder decidir y actuar según las reglas de la maximización del beneficio, el individuo debe disponer de un fondo —limitado— de recursos a *utilizar* alternativamente; tiene que poseer, por lo tanto, *propiedad privada* para poder decidir en forma individual. Por eso es necesario priva-

tizar lo más ampliamente posible los bienes y decisiones colectivos. Los defensores más consecuentes de la teoría preferirían partir el globo en partes y repartirlo, desde el magma hasta la capa de ozono, a particulares. Incluso en la luna, los planetas y otros sistemas solares, los privatizadores furiosos fijarían sus pertenencias, si fuera posible: un sueño americano de la "new frontier" [nueva frontera], excéntrico y llevado hasta lo anacrónico. David Friedman, por ejemplo, desea que "el Estado pudiera algún día vender sus carreteras", aspira a la división del Océano Atlántico en partes privatizables; cualquiera debería poder tener su propia policía, como ya es usual por parte de los grandes consorcios. Quien objete aquí que esto sería absurdo y técnicamente imposible, y que además la teoría de la economía pública ha demostrado que existen bienes públicos que no se pueden vender en el mercado porque su utilización no podría ser garantizada exclusivamente al comprador, olvida las grandes esperanzas que los neoliberales depositaron en el desarrollo de la electrónica. Porque solamente con la *computadora* se pueden llevar a cabo las más complicadas atribuciones, fijar precios y fijar las frecuencias de utilización, para después poder cargar al individuo —como hoy por vía de la cuenta del teléfono— las cuotas del uso de carreteras y aire, las cuotas de la travesía oceánica y del goce de una vista panorámica, o cobrarlas vía giro bancario. La *perfect computation*, que por cierto no es una perspectiva irreal sino espectral, remplace la *perfect competition*. En este modelo el individuo se convierte en una terminal periférica que funciona según las reglas del homo oeconomicus, pero conectado a la computadora central. La racionalidad en el sentido del "imperialismo de la economía" es pensada aquí tan abstractamente que de hecho puede ser transformada en cálculos matemáticos, que entonces la computadora puede llevar a cabo con más facilidad. Sólo persiste la pregunta acerca de a quién debe pertenecer la propiedad privada sobre la instalación de recopilación y dirección, quién programa. Big Brother puede atacar. El neoliberalismo se convierte en el 1984 de Orwell. . .

Un individuo reducido al homo oeconomicus, que actúa racionalmente, un individuo con una facultad de decisión necesariamente limitada —lo que implica el término de lo privado— puede conformar las relaciones interhumanas únicamente dentro del marco de sus posibilidades, y éstas están definidas y determinadas según las reglas de la economía. Por consiguiente, las relaciones interhumanas sólo pueden desarrollarse como *relaciones monetarias* y regularse por vía de los movimientos de los precios (Lepage, 1979, p. 213). En este concepto el dinero actúa como medio de presión que debe obligar al comportamiento racional de los individuos, pero también de otros portadores de decisiones, por ejemplo, las instituciones estatales. Esa es la idea básica del monetarismo más allá de los análisis económicos y recomendaciones económico-políticas. Karl Marx definió el dinero como el "proxeneta de todas las relaciones humanas" y entendió esto como una expresión de la enajenación, falta de libertad y deshumanización. En las teorías monetarista-neoliberales se le da vuelta

positivamente y se le interpreta como principio social de regulación para un comportamiento racional en el sentido del sistema. El hombre se convierte en una “money machine” [máquina de dinero] que no debe tener otra aspiración que la de maximizar un beneficio bajo las condiciones restrictivas del presupuesto limitado. En este contexto ya no sorprende que se entienda la sociedad como relaciones monetarias mediadas por el mercado, es decir, como *complejo cuantitativo*. Otra vez es Lepage quien da la pista cuando interpreta el progreso en la ciencia histórica como su cuantificación que progresa constantemente.

### **El neoliberalismo como discurso político sobre la primacía de la economía**

Después de que en tiempos de prosperidad —en especial desde la rebelión estudiantil y juvenil y la ofensiva de clase de los obreros en la segunda mitad de los años sesenta— otros principios *motivadores*, diferentes a los de una racionalidad económica calculable en unidades monetarias, dominaron la vida y las esperanzas, estas tendencias emancipadoras quedan nuevamente atadas al lecho de Procusto del racionalismo económico. El liberalismo económico es el intento de reducir la individualidad desarrollada a un aspecto parcial del “sujeto económico” que produce y consume, tal como lo encontramos desde décadas en los libros de texto. El homo oeconomicus no es sólo una abstracción del hombre, sino que se lo entiende como unidad que funciona según ciertas reglas dentro de un sistema que se autodirige, un sistema que fue desarrollado con perfección cada vez mayor ya en el siglo pasado por la escuela vienesa (von Menger, von Wieser), por la escuela de Lausanne (Walras, Pareto) o de Estocolmo (Cassell, Wicksell) o por Jevons y Marshall. “El liberalismo no es en el fondo más que una filosofía sobre sistemas sociales que observa el comportamiento humano bajo el aspecto económico” (Lepage, 1979, p. 119) y —tendríamos que añadir— aspira a edificar tal sistema. El neoliberalismo se presenta, por consiguiente, como una teoría que pone la *primacía de la economía* claramente y sin compromiso delante de todos los demás criterios de decisión, deseos y esperanzas. No hay rebelión contra las leyes económicas; la dominación del mercado no se puede rehuir, la valorización de la *propiedad* no permite a su lado otros principios. Siendo desempleado por ejemplo no sería recomendable enfrentar el desempleo con medios políticos *contra* las leyes económicas. El empleo total como meta alcanzable era un sueño de John Maynard Keynes y no cabe en el mundo racional de la economía neoliberal. Las concepciones sindicales

para reducir el desempleo, por lo tanto, no sólo son perjudiciales en la medida en que simplemente no aceptan las leyes de la economía, es decir de la valorización de capital, sino que al mismo tiempo son inútiles y sin esperanza. Las “rational expectations” [expectativas racionales] de los participantes en el mercado procuran que los intentos políticos de corregir la vida mercantil se revelen como curaciones impotentes. La categoría de la *necesidad* (económica) debe ganar la dominación absoluta sobre la categoría de la *posibilidad*, de lo realizable.

El neoliberalismo se presenta así como un sistema cerrado, pero al mismo tiempo también como *sistema sin perspectivas* para muchos, si no para la mayoría de la humanidad. Esto nunca fue problema para la teoría liberal, porque en la decisión entre las *reglas* que aseguran la propiedad, su mantenimiento y aumento (claramente dicho: valorización de capital) y una *voluntad mayoritaria* que debía dirigirse en contra de ello, la elección es clara: en pro de las *reglas* del sistema de la economía mercantil y en contra de la mayoría de los hombres. En sus escritos, Hayek lo aclaró una y otra vez, y la demás ralea neoliberal lo siguió siempre en eso. Sería posible indignarse de este cambio autoritario del neoliberalismo si las reglas estrictas del sistema económico, como fueron elaboradas por los neoliberales, no prometieran algo como un sostén en el mundo, en un mundo sin sostén. Irving Kristol opina: “Si veo bien, entonces la demanda política por ‘participación’ debe entenderse mejor como demanda por autoridad —por liderazgo que cumple con las promesas de conciliación entre el mundo interior y exterior del ciudadano” (Kristol, 1978, p. 250). Thatcher y Reagan entran aquí en el escenario; se basan en las reglas del sistema económico-mercantil, en la primacía de la economía. Ellos prometen la conciliación del mundo interior y exterior del ciudadano —completamente en el sentido neoliberal: se rearmen las condiciones exteriores del “orden” para que el mercado pueda efectuar una selección en lo interior. Si el mecanismo anónimo y su resultado de selección fueran aceptables, si los individuos fueran de verdad hombres económicos, hombres que acatan las reglas del mercado y se someten aunque pierdan no una sola vez sino constantemente, es decir, cuando se trate del gama minus de Huxley, entonces tal vez podría funcionar la utopía neoliberal. Pero en la selección por vía del mercado se trata de vida y muerte, de la dominación de los hombres sobre los hombres, de los estados sobre los estados. Esto lo saben muy bien los neoliberales en su discurso práctico. Por eso movilizan contra los “enemigos de la libertad”, *su* libertad. Están dispuestos a emplear el rearme —hacia el interior y el exterior. El neoliberalismo práctico de hoy es una concepción que pone en peligro la vida. Hay que combatirlo teórica y prácticamente.

## Referencias bibliográficas

- Biedenkopf y Miegel, *Wege aus der Arbeitslosigkeit*, Stuttgart, 1978.
- Böhm, Franz, "Das wirtschaftliche Mitbestimmungsrecht im Betrieb", en *Ordo-Jahrbuch*, núm. 4, 1951.
- Cohen, G. A., "Freedom, Justice and Capitalism", en *New Left Review*, núm. 126, 1981.
- Donolo, Carlo/Fichera, Franco, *Il governo debole. Forme e limiti della razionalità politica*, Bari, 1981.
- Friedman, Milton, *Capitalism and Freedom*, Chicago y Londres, 1962 [hay edición en español].
- , "Die Gegenrevolution in der Geldtheorie", en Peter Kalmbach (ed.), *Der neue Monetarismus*, München, 1973.
- , *The Counter-Revolution in Monetary Theory*, 1970.
- Gold, David A., "The Rise and Decline of the Keynesian Coalition", en *Kapitalstate*, núm. 6 (otoño de 1977), p. 129 y ss.
- Gutachten des wissenschaftlichen Beirats beim Bundesminister für Wirtschaft* [Informe de la asesoría científica del Ministerio de Economía], Bonn, diciembre de 1978.
- Hayek, F. A. von, *The Road to Serfdom*, Londres, 1944.
- Kiker, B. F., "The historical Roots of the Concept of Human Capital", en *Journal of Political Economy*, 1966, vol. LXXV, p. 481 y ss.
- Kristol, Irving, *Two Cheers for Capitalism*, Nueva York, 1978.
- Lepage, Henri, *Der Kapitalismus von Morgen*, Frankfurt/Main, Nueva York, 1979.
- Maier, Charles S., *Recasting Bourgeois Europe*, Princeton, 1975.
- Marcuse, Herbert, "Der Kampf gegen den Liberalismus in der totalitären Staatsauffassung", en *Zeitschrift für Sozialforschung* (Nachdruck), München, 1970, tomo 3, p. 161 y ss.
- Von Mises, Ludwig, *Liberalismus*, Jena, 1927.
- Röpke, Wilhelm, *Die Lehre von der Wirtschaft*, Erlenbach-Zürich, 1946.
- Sklar, Holly, *Trilateralism - The Trilateral Commission and Elite Planning for World Management*, Boston, 1980.
- Thurow, Lester C., *The Zero-Sum Society*, Nueva York, Harmondsworth, 1980.